

El indiferente



El indiferente

Sanamos del mismo modo que nos consolamos;
en nuestro corazón no hay nada que pueda
hacernos llorar y amar siempre.

LA BRUYÈRE

Caracteres, cap. IV, Del Corazón

I

Madeleine de Gouvres acababa de llegar al palco de la Sra. Lawrence. El general de Buivres preguntó:

—¿Qué caballeros la acompañan esta noche?
¿Avranches, Lepré?...

—Avranches sí —contestó la Sra. Lawrence—.
Lepré, no me he atrevido.

Y añadió señalando a Madeleine:

—Tiene gustos tan difíciles, y como casi habría supuesto hacerle conocer a alguien nuevo...

Madeleine protestó. Había coincidido varias veces con el Sr. Lepré, le parecía encantador; un día hasta había almorzado en casa de Madeleine.

—En cualquier caso —concluyó la Sra. Lawrence— no se pierde gran cosa; Lepré es muy simpático pero no es nada del otro mundo, y desde luego no es hombre para la mujer más mimada de París. Me doy cuenta perfectamente de que las amistades que frecuenta usted hacen que sea exigente.

Lepré es muy simpático pero totalmente insignificante, ésa fue la opinión de todo el mundo. Madeleine se dio cuenta de que no era del todo la suya y se sorprendió; pero como la ausencia de Lepré tampoco la decepcionaba tanto, no llegó a preocuparse por la simpatía que

sentía. En la sala las miradas se habían vuelto hacia ella; algunos amigos ya se acercaban para saludarla y agasajarla. No era nada nuevo para ella, y sin embargo, con la oscura clarividencia de un jockey durante la carrera o de un actor durante la representación, aquella noche sentía que su triunfo era más fácil y más rotundo que de costumbre. Sin una joya, con la pechera de tul amarillo cubierta de catlejas, había prendido también en su melena morena algunas catlejas que suspendían pálidas guirnaldas de luz de esa torre sombría. Fresca como sus flores y pensativa como ellas, el encanto polinesio de su peinado hacía pensar en la Mahénu de Pierre Loti y Reynaldo Hahn. En seguida la indiferencia complacida con la que observaba sus encantos de aquella noche en los ojos deslumbrados que los reflejaban con una fidelidad absoluta se entremezcló con el pesar de que Lepré no la hubiera visto así.

—Cuánto le gustan las flores —exclamó la Sra. Lawrence mirando su pechera.

Sí que le gustaban, en el sentido trivial de que sabía lo hermosas que son y lo hermosa que la hacen a una. Le gustaba su belleza, su alegría, y también su tristeza, pero superficialmente, como una manifestación más de su belleza. Cuando ya no estaban frescas las tiraba como un vestido deslucido. De repente, durante el primer entreacto, Madeleine distinguió a Lepré en la platea, y unos instantes más tarde el general de Buiuvres, el duque y la duquesa de Aleriouvres se despidieron, dejándola sola con la Sra. Lawrence. Madeleine vio que Lepré hacía que le abrieran el palco.

—Sra. Lawrence —dijo—, ¿me permite que pida al Sr. Lepré que se quede aquí, visto que está solo en la platea?

—Por supuesto, y más aún porque voy a tener que irme dentro de poco, querida; recor-

dará que me dio su permiso. Robert está algo enfermo. ¿Quiere usted que se lo diga a Lepré?

—No, prefiero hacerlo yo.

Durante el entreacto Madeleine dejó que Lepré hablara todo el rato con la Sra. Lawrence. Asomada al palco, observaba la sala y casi fingía no hacerles caso, pues estaba segura de que podría disfrutar más de su presencia luego, cuando estuviera a solas con él.

La Sra. Lawrence salió para ir a ponerse el abrigo.

—Le invito a quedarse conmigo durante este acto —dijo Madeleine con una cortesía indiferente.

—Es usted muy amable, señora, pero no puedo, tengo que irme.

—Pero voy a quedarme sola —dijo Madeleine con insistencia; y de repente, como queriendo poner en práctica de forma casi inconsciente la máxima de coquetería contenida

en la famosa frase: «Si no te quiero, me quieres», se corrigió:

—No, tiene usted razón, y si le están esperando no se retrase. Adiós, caballero.

Trataba de compensar con una sonrisa afectuosa la dureza que le parecía implícita en aquella despedida. Pero dicha dureza sólo se debía al deseo violento de que no se fuera y a la amargura de su desilusión. Dirigido a cualquier otro, aquella recomendación de que se fuera habría sido amable.

La Sra. Lawrence volvió:

—Entonces se va; me quedo con usted para que no esté sola. ¿Se ha despedido afectuosamente de Lepré?

—¿Despedido?

—Creo que al final de esta semana parte para un largo viaje por Italia, Grecia y Asia menor.

Un niño que respira desde su nacimiento y que nunca se ha fijado en ello no sabe lo esencial

que es para su vida el aire que llena su pecho con tanta suavidad que ni siquiera se da cuenta. ¿Y si durante un ataque de fiebre, en una convulsión, se ahoga? En el esfuerzo desesperado de su ser casi se debate por vivir, por la tranquilidad perdida que sólo recobrará con el aire del que no la sabía indisoluble.

Del mismo modo, sólo en el momento en que se enteró de la partida de Lepré, con la que no contaba, Madeleine se dio cuenta, al sentir todo lo que le arrancaban, de lo que había entrado en ella. Y miraba a la Sra. Lawrence con un abatimiento triste y suave sin mayor resentimiento que el que siente por el asma que no le deja respirar el pobre enfermo que se está ahogando, y que a través de los ojos llenos de lágrimas sonríe a las personas que se compadecen de él sin poderle ayudar. De repente se levantó.

—Vamos, querida amiga, no quiero que vuelva tarde por mí.

Mientras se ponía el abrigo vio a Lepré y, angustiada ante la idea de que se fuera sin volver a verle, bajó con rapidez.

—Siento que el Sr. Lepré haya podido suponer que no me agrada, sobre todo si va a marcharse.

—Pues nunca ha dicho nada de eso —replicó la Sra. Lawrence.

—Pues sí, si usted lo supone, él también lo supondrá.

—Pues no, en absoluto.

—Pues sí, se lo digo yo —contestó Madeleine con dureza. Y al llegar a la altura de Lepré:

—Señor Lepré, le espero a cenar el jueves a las ocho.

—El jueves estoy ocupado, señora.

—¿Entonces el viernes?

—También estoy ocupado.

—¿El sábado?

—De acuerdo, el sábado.

—Pero querida, se olvida usted de que el sábado tiene una cena en casa de la princesa de Avranches.

—No importa, diré que no voy.

—¡Oh! Por mí no lo haga, señora —dijo Lepré.

—Quiero hacerlo —exclamó Madeleine fuera de sí—. De ningún modo iría a casa de Fanny. Nunca tuve la intención de ir.

Ya en casa, recordó los acontecimientos de la velada mientras se desvestía poco a poco. Al llegar al momento en que Lepré se había negado a quedarse con ella durante el último acto, Madeleine se sintió humillada y se ruborizó. Después de aquello, la coquetería más elemental y la dignidad más estricta le imponían comportarse con una frialdad absoluta. ¡Y en cambio, aquella triple invitación en las escaleras! Indignada, levantó la cabeza con orgullo y se vio tan hermosa en el fondo del espejo que ya no le

cupo ninguna duda de que acabaría amándola. Sólo algo inquieta y triste por su inminente partida, se imaginaba el amor que Lepré había querido esconderle, no sabía por qué. Iba a declarárselo, tal vez con una carta, de un momento a otro, y sin duda iba a retrasar su partida, acabaría partiendo con ella... ¿Cómo? Mejor no pensar en ello. Pero veía su hermoso rostro enamorado acercándose al suyo, pidiéndole perdón. «¡Malo!», le decía. Pero también era posible que aún no la amara; que se fuera sin haber tenido tiempo para enamorarse de ella... Triste, inclinó la cabeza, y su mirada fue a parar a la mirada aún más languideciente de las flores marchitas de su pechera que bajo sus párpados mustios parecían estar a punto de llorar. La idea de lo poco que había durado su sueño sin tener conciencia de serlo, de lo poco que duraría su felicidad si alguna vez llegaba a realizarse, se asoció en su mente a la tristeza de aquellas flores que, antes de morir, lan-

guidecían sobre el corazón que habían sentido latir a causa de su primer amor, su primera humillación y su primera tristeza.

Al día siguiente no quiso otras en su cuarto generalmente repleto y brillante del esplendor de las rosas recién cortadas.

Cuando la Sra. Lawrence llegó a su casa, se detuvo ante los jarrones en los que las catlejas se estaban muriendo, despojadas de belleza, por unos ojos sin amor.

—¿Cómo es posible, querida, con lo mucho que le gustan las flores?

«Me parece que sólo han empezado a gustarme hoy», iba a responder Madeleine, pero se calló por la molestia de tener que dar explicaciones y porque sentía que hay realidades que no pueden comprender los que no las sienten ya en su interior.

Se contentó con sonreír amablemente al reproche. La sensación de que todos, y tal vez el mismo Lepré, ignoraban esta nueva vida, daba a

su orgullo una satisfacción insólita y triste. Le trajeron las cartas; tuvo un ademán de decepción al no encontrar una de Lepré. Calculando entonces la distancia entre lo absurdo de su decepción, cuando Lepré no había alimentado su esperanza ni lo más mínimo, y la intensidad muy real y muy cruel de esa decepción, comprendió que ya no vivía únicamente de la vida de los acontecimientos y los hechos. El velo de las mentiras empezaba a desplegarse ante sus ojos y era imposible prever cuánto podía durar así. Ya sólo vería las cosas a través de ese velo, y sobre todo, tal vez, las que habría querido conocer y vivir de la forma más auténtica y parecida al modo en que las vivía Lepré, las que tenían que ver con él.

Sin embargo le quedaba una esperanza de que hubiera mentido, de que su indiferencia fuera fingida: por la opinión unánime sabía que era una de las mujeres más hermosas de París, que la reputación de ser inteligente, brillante y

elegante, y su gran posición social hacían aún más atractiva su belleza. Por otra parte, a Lepré se le consideraba un hombre inteligente, artista, muy amable, muy buen hijo, pero poco solicitado, y nunca había tenido éxito con las mujeres; la atención que le dedicaba debía de parecerle algo inverosímil e inesperado. Madeleine se sorprendía y esperaba...

II

Aunque había bastado un instante para que subordinara a Lepré todos los intereses y todos los afectos de su vida, Madeleine no dejaba de pensar, y su juicio se veía reforzado por el juicio de todos, que, sin ser antipático, Lepré valía menos que los hombres brillantes que habían

consolado su viudedad viniéndola a ver varias veces al día durante los cuatro años que habían pasado desde la muerte del marqués de Gouvres, y que eran el máspreciado adorno de su vida.

Era bien consciente de que a pesar de todo la inclinación inexplicable que le hacía ver a Lepré como un ser único no lo ponía al mismo nivel que los demás. Las razones de su amor dependían de ella, y si también dependían un poco de él, no tenían que ver con su superioridad intelectual, ni siquiera con su superioridad física. Precisamente porque le amaba, ningún rostro, ninguna sonrisa y ningún porte le resultaban tan agradables como los suyos; no le amaba porque su rostro, su sonrisa y su porte fueran más agradables que otros. Conocía a hombres más guapos, con más encanto, y lo sabía.

De este modo, cuando entró en el salón de Madeleine el sábado a las ocho y cuarto, Lepré tuvo que hacer frente a la vez, sin darse cuenta, a

la amiga más apasionada y al adversario más clarividente. Si su belleza estaba armada para vencerle, su ingenio no lo estaba menos para juzgarle; estaba dispuesta a recoger, como una flor amarga, el placer de considerarle una persona mediocre y ridículamente desproporcionada al amor que sentía por él. ¡No era por prudencia! y se daba cuenta de que siempre volvería a caer en la red encantada, de que las mallas que su ingenio demasiado incisivo rompiera mientras Lepré estaba allí las repararía su hábil imaginación en cuanto se fuese.

En efecto, cuando Lepré entró Madeleine se calmó de repente; al darle la mano, parecía que lo dejaba sin poder alguno. Ya no era el déspota único y absoluto de sus sueños, sino sólo una agradable visita. Charlaron; entonces se desvanecieron todos sus prejuicios. En su amabilidad delicada y en la precisión audaz de su inteligencia encontraba razones que aunque no justificaban

del todo su amor, al menos lo explicaban, aunque sólo fuera un poco, y al mostrarle que correspondía a algo real hacía que sus raíces crecieran y se fortalecieran. Además se dio cuenta de que era mucho más apuesto de lo que pensaba, con una figura estilo Luis XIII, delicada y noble.

Todos sus recuerdos artísticos relacionados con los retratos de aquella época se asociaron a partir de entonces a sus pensamientos sobre aquel amor, dándole una vida nueva al hacerle entrar en el sistema de sus gustos artísticos. Pidió que le trajeran desde Ámsterdam la fotografía del retrato de un joven que se le parecía.

Se lo encontró unos días más tarde. Su madre estaba bastante enferma, su viaje se había retrasado. Madeleine le contó que ahora tenía en la mesa un retrato que le hacía pensar en él. Lepré se mostró agradecido, pero con frialdad. Ello la apenó profundamente, aunque se consoló pensando que si no se había alegrado por aquel deta-

lle al menos no le había pasado desapercibido. Amar a un patán que no se hubiera dado cuenta habría sido aún más cruel. Entonces, reprochándole interiormente su indiferencia, quiso volver a ver a los hombres que estaban enamorados de ella, con los cuales había sido indiferente y coqueta, para mostrarles la compasión ingeniosa y tierna que como poco habría querido recibir de Lepré. Pero al verlos todos tenían el horrible defecto de no ser él, y su presencia no hacía más que irritarla. Le escribió, pasó cuatro días sin responder, luego llegó una carta que a cualquier otra le habría parecido amable, pero que la desesperó. Decía:

«Mi madre está mejor, me voy dentro de tres semanas; hasta entonces mi vida está muy llena, pero intentaré pasar una vez a presentarle mis respetos».

Tal vez fue por los celos hacia todo lo que «llenaba su vida» y le impedía entrar en ella, o

por el pesar por su partida y porque sólo fuera a venir una vez hasta entonces, o incluso más por el pesar de que antes de su partida no sintiera la necesidad de ir a verla diez veces al día: el caso es que no consiguió quedarse en casa, se puso un sombrero a toda prisa y salió a pie, caminando veloz por las calles que llevaban a casa de Lepré, con la esperanza absurda de que gracias a un milagro con el que contaba fuera a aparecer a la vuelta de la esquina, radiante de amor, y de que se lo explicaría todo con una mirada. De pronto lo vio caminando, hablando alegremente con unos amigos, pero entonces se avergonzó, creyó que adivinaría que estaba buscándole, y entró repentinamente en una tienda. En los días sucesivos no le volvió a buscar y evitó los lugares en los que podría encontrárselo, como un último gesto de coquetería frente a Lepré y de dignidad frente a sí misma.

Una mañana estaba sola, sentada en las

Tullerías, en la terraza del Bord de l'Eau. Dejaba flotar su pena, la dejaba extenderse, relajarse con mayor libertad hasta el horizonte dilatado, recoger flores, elevarse con las malvarrosas, con los surtidores y las columnas, galopar tras los dragones que salían del barrio de Orsay, ir a la deriva sobre el Sena, y planear con las golondrinas en el cielo pálido. Habían pasado cinco días desde la amable carta que la había apenado. De repente vio el caniche blanco y gordo de Lepré, a quien éste dejaba salir solo cada mañana. Ella había bromeado, le había dicho que un día se lo robarían. El animal la reconoció y se acercó. Las ganas locas de ver a Lepré, que reprimía desde hacía cinco días, la invadieron por completo. Cogió al animal en brazos y, entre las sacudidas de sus sollozos, lo abrazó un buen rato con todas sus fuerzas, luego deshizo el ramo de violetas que llevaba en la pechera, se lo ató en el collar y le dejó marcharse.

Pero tranquila tras la crisis, y también relajada, con mejor aspecto, sintió que su despecho se desvanecía poco a poco, que junto al bienestar físico le volvía algo de alegría y esperanza, que le importaba la vida y la felicidad. Quedaban diecisiete días para la partida de Lepré; le escribió para que viniera a cenar al día siguiente, disculpándose por no haberle contestado antes, y pasó una tarde bastante agradable. Por la noche tenía que cenar fuera; en la cena iba a haber muchos hombres, artistas y deportistas que conocían a Lepré. Quiso enterarse de si tenía una amante, una atadura cualquiera que le impidiera acercarse a ella, que explicara su extraña conducta. Si se enteraba sufriría mucho, pero al menos sabría la verdad, y tal vez podía esperar que con algo de tiempo su belleza acabara imponiéndose. Salió de casa decidida a preguntar en seguida, pero luego, dominada por el miedo, no se atrevía. En el último momento, lo que la impulsó a hacerlo no fue

tanto el deseo de saber la verdad como la urgencia de hablar de Lepré a los demás y el encanto triste de evocarlo en vano por todas partes cuando él no estaba. Tras la cena, dijo a dos hombres que estaban cerca de ella y que hablaban de todo con bastante libertad:

—Díganme, ¿conocen bien a Lepré?

—Le vemos todos los días desde siempre, pero no somos muy amigos.

—¿Es un tipo encantador?

—Sí, es un tipo encantador.

—Bueno, tal vez puedan decirme... no se crean obligados a hablar bien de él, pues se trata de algo realmente importante para mí. Hay una joven a la quiero con todo mi corazón y que tiene cierta inclinación hacia él. ¿Es alguien con quien una podría casarse sin temor?

Por un instante sus dos interlocutores parecieron incómodos.

—No, es algo imposible.

Muy valiente, Madeleine continuó para terminar cuanto antes:

—¿Acaso tiene una relación desde hace mucho?

—No, pero de todos modos es imposible.

—Díganme de qué se trata, díganmelo, se lo ruego.

—No.

—Pero bueno, al fin y al cabo es mejor que lo sepa, o podría imaginarse algo peor o algo ridículo.

—Bueno, es lo siguiente, y creo que diciéndolo no le hacemos ningún daño a Lepré; para empezar, usted no se lo dirá a nadie; además todo París lo sabe y en cuanto al matrimonio Lepré es demasiado honesto y respetuoso para planteárselo. Es un tipo encantador, pero tiene un vicio. Le gustan las mujeres inmundas que se recogen del fango, y le gustan con locura; a veces pasa la noche en las afueras o en los bulevares de

la periferia, arriesgándose a que le maten un día, y no sólo le gustan con locura, sino que además sólo le gustan ellas. La mujer más encantadora de la alta sociedad o la joven más ideal le resultan completamente indiferentes. Ni siquiera es capaz de fijarse en ellas. Sus placeres, sus preocupaciones y su vida están en otra parte. Los que no le conocían bien decían en otros tiempos que, dado su carácter exquisito, un gran amor podría apartarle de su vicio. Pero para ello haría falta que fuera capaz de sentirlo, y es incapaz. Su padre ya era así, y la única razón por la que no sucederá lo mismo con sus hijos es que no los tendrá.

A las ocho de la tarde siguiente anunciaron a Madeleine que el Sr. Lepré estaba en el salón. Entró; las ventanas estaban abiertas, aún no habían encendido las lámparas y la estaba esperando en el balcón. No lejos de allí algunas casas rodeadas de jardines descansaban en la luz suave de la tarde, lejana, oriental y religiosa como si

fuera Jerusalén. La luz cálida y tenue daba a cada objeto un valor completamente nuevo que era casi conmovedor. En medio de la calle oscura una carretilla llena de luz conmovía, al igual que, un poco más lejos, el tronco sombrío y ya nocturno de un castaño bajo su copa que aún bañaban los últimos rayos de sol. Al final de la avenida, el sol poniente se curvaba gloriosamente como un arco de triunfo engalanado de tonos dorados y vegetación celeste. En una ventana cercana se veían cabezas que leían con una solemnidad familiar. Al acercarse a Lepré, Madeleine sintió que la suavidad tranquila de todas aquellas cosas hacía que su corazón se languidciera, ablandándolo y entreabriéndolo, y tuvo que contener las lágrimas.

Con todo, Lepré, que aquella tarde parecía más guapo y más amable, tuvo con ella atenciones de una delicadeza que hasta entonces no había mostrado. Luego hablaron de cosas serias,

y por primera vez Madeleine se dio cuenta de lo superior que era su inteligencia. Si en la alta sociedad no gustaba, era precisamente porque las verdades que buscaba estaban por encima del horizonte visual de la gente refinada y que las verdades de las mentes superiores se consideran errores ridículos aquí abajo. Además, del mismo modo que el sol colorea con gracia las altas cumbres, a veces su bondad les daba un encanto poético. Y fue tan amable con ella, se mostró tan agradecido por su bondad, que al darse cuenta de que nunca le había amado tanto, y habiendo renunciado a la esperanza de ver su amor correspondido, de repente entrevió con alegría la esperanza de una relación meramente amistosa que le permitiría verle todos los días; le expuso el plan con ingenio y alegría. Pero Lepré decía que estaba muy ocupado, que no podía disponer de más de un día cada dos semanas. Madeleine le había dicho lo suficiente para que comprendiera que le

amaba, si hubiera querido comprender. Y Lepré, por tímido que fuera, habría dicho algo amistoso, aunque fuera muy poco, si hubiera sentido una sombra de afecto por ella. Su mirada enferma estaba tan fija en él que lo habría captado de inmediato, saciándose con avidez. Quiso interrumpir a Lepré, que seguía hablando de sus días tan ocupados, de su vida tan llena, pero de repente su mirada penetró en el corazón de su adversario con tanta profundidad como habría podido penetrar en el horizonte infinito del cielo que se extendía ante ella, y se dio cuenta de lo inútiles que eran las palabras. Se calló, y luego dijo:

—Sí, comprendo, está muy ocupado.

Y hacia el final de la velada, al despedirse, cuando Lepré le dijo:

—¿Podré venir a despedirme de usted?

Le respondió dulcemente:

—No, querido, estoy algo ocupada, creo que es mejor dejarlo así.

Esperó a que Lepré dijera algo; no lo hizo, y volvió a hablar:

—Adiós.

Después esperó una carta, en vano. Entonces le escribió diciéndole que prefería ser sincera, que había podido darle la impresión de que le gustaba, pero no era verdad, y que prefería no verle tan a menudo como le había pedido imprudentemente por mera cortesía.

Lepré le contestó que en realidad nunca había imaginado que se tratara de algo más que de su proverbial amabilidad, de la que nunca había querido abusar hasta el punto de ir a molestarla tan a menudo.

Entonces Madeleine le escribió diciéndole que le amaba, que nunca amaría a otro. Él le contestó diciéndole que bromeaba.

Madeleine dejó de escribirle, pero al principio seguía pensando en él. Luego también dejó de hacerlo. Dos años más tarde, cansada de su

viudedad, se casó con el duque de Mortagne, que era apuesto e inteligente, y que hasta la muerte de Madeleine, es decir, durante más de cuarenta años, embelleció su vida con un prestigio y un afecto a los que no se mostró indiferente.